

tipo de historia de la filosofía completamente antiorteguiana. Basta con leer las primeras páginas de su tesis doctoral dirigida por Yela Utrilla.

Pero con esto se sale ya del libro para adentrarnos en una reconstrucción

más compleja de este proceso para la que la realizada por Martín –basada en un verdadero trabajo histórico– es recomendable: incluso para quienes no compartimos los marcos teóricos, no digamos políticos, del autor.

## MARIÁS: MÁS ALLÁ DEL MAGISTERIO ORTEGUIANO

PÉREZ QUINTANA, Antonio y PINO CAMPOS, Luis Miguel (coords.): *Una vida presente: estudios sobre Julián Marías*. La Laguna: Universidad de La Laguna, 2009, 165 p.

JOSÉ MARÍA ATENCIA

ORCID: 0000-0003-4932-8624

Se trata de la reunión en un volumen de cinco ponencias presentadas en la Universidad de La Laguna durante los días ocho al diez de noviembre de 2006, editadas por Antonio Pérez Quintana y Luis M. Pino Campos. El libro se suma a una serie de tentativas dirigidas a dar a conocer la obra de Marías y a defender su valor, que han visto la luz tras de su muerte en 2005 y entre las que destacaría la de Helio Carpintero, *Julián Marías. Una vida en la verdad*, Biblioteca Nueva, Madrid, 2008, el que yo mismo he coordinado, *Julián Marías. Una filosofía en libertad*, Fundación General de la Universidad de Málaga, Málaga, 2008, y el de J. L. Cañas y J. M<sup>a</sup>. Burgos, *El vuelo del Alción. El pensamiento de Julián Marías*, Páginas de Espuma, Madrid, 2009.

Dos de los trabajos a que me refiero, el primero y el último, versan sobre la peripecia vital y política que tocó en suerte al principal discípulo de Ortega

especialmente en la etapa de la posguerra. Un tercer trabajo trata sobre el conjunto de su biografía, otro se dedica a analizar su valor como historiador de la filosofía y un quinto a su antropología. En la presente reseña no sigo el orden en que se presentan los trabajos sino que he preferido comenzar por lo que se refiere a lo biográfico para avanzar en la dirección de lo específicamente filosófico.

El primero de los trabajos, o el que figura en primer lugar, es el de José Luis Abellán: “Julián Marías: un exiliado interior a su pesar”, y en él reflexiona sobre la suerte que tocó vivir a Marías especialmente tras la guerra civil: profundamente marcado por el amor y la admiración a sus maestros en la idealizada Facultad de Letras de la época de la República, y por una paralela lealtad al ideal democrático que dicho régimen parecía consagrar para los españoles, Marías no abandonó ninguno de estos dos puntos de referencia durante toda su vida. Por un lado, lealtad a la República, aunque, hay que recordarlo, una lealtad crítica –había pasado un mes desde su proclamación y el joven Marías quedó estupefacto cuando oyó a Azaña decir que todos los conventos de España no

valían lo que la vida de un *republicano*. Hubiera querido y esperado oír decir “un hombre”, advirtió desde entonces el peligro de sectarismo que se cernía sobre la sociedad española y calificó de cínica y partidista la actitud de Azaña (*Julián Marías. Una vida presente*, vol. I, Alianza Ed., Madrid, 1989, p. 88). Abellán sí recuerda que Marías nunca dejó de ser liberal y tampoco dejó nunca de ejercer la crítica. Tampoco he visto que recuerde, por otro lado, su adhesión ilusionada a la monarquía democrática, ni que su aceptación del puesto de senador de designación real sólo se produjo a petición del propio monarca, habiendo rechazado la que previamente le planteara González Seara, que sí es recordado (*op. cit.*, vol. III, pp. 48 y siguientes).

El último de los trabajos es el que presenta Antonio Pérez Quintana sobre “Julián Marías y el magisterio de Ortega. Los problemas con el nacionalcatolicismo”. Se trata de un escrito limpio y claro, enormemente interesante, sobre estos años de la vida de Marías. Es de todos sabido que Ortega primero y Marías después fueron objeto de la antipatía y rechazo de los intelectuales ideológicamente próximos al régimen franquista. La tozuda oposición a la figura de Ortega, el tosco rechazo y la intransigente y desenfocada descalificación del valor de su obra, no impidieron al filósofo continuar siendo leído y celebrado, y seguir recibiendo adhesiones dentro y fuera de España. Fue el filósofo más importante de nuestra historia reciente, a pesar de las rudas invectivas de que el Régimen le hizo objeto. Por ejemplo, el segundo curso del Instituto de Humanidades, fundado tras la gue-

rra, tuvo que celebrarse en el cine Barceló, dada la gran afluencia de público. Incluso no estoy seguro de si en este trabajo no se sobrevalora el poder y la significación histórica de la antipatía del Régimen hacia el pensador, una antipatía que en nada disminuyó su autoestima ni el valor de su producción intelectual, ni mermó en nada su estatura intelectual en la Europa de la posguerra. Santiago Ramírez ocupa el último lugar en la serie de los ataques a Ortega por parte de la intelectualidad católica. Fue, entre todos los adversarios del filósofo, el más eminente y de mayor solvencia, y su libro, en su parte expositiva, es valioso. De todos modos, el concilio iba a poner fin a esta riada de críticas y descalificaciones, definitivamente y por fortuna.

Esgrimir como grave falta en un filósofo un pecado de ateísmo, como hizo parte de la jerarquía católica de la posguerra, era un tipo de argumentación que no podía sino volverse contra aquellos que la empleaban como arma arrojadiza ¡a mediados del siglo XX! Eran argumentos ya inofensivos e inocuos cuando se formularon y cuya simple difusión sólo nos explicamos por el modo como el Régimen vencedor de la guerra, ayuno de ideas, hostil a la mayoría de los intelectuales y poco accesible a la fuerza de la razón, buscó patrocinio espiritual y fuente de justificación para su glorioso alzamiento y secuestro de la legalidad política en órdenes religiosas cuya decadencia intelectual habíase iniciado bastante tiempo atrás.

La ofensiva, a medio plazo, se reveló inútil y no surtió efectos apreciables, como no sean los derivados de un despilfarro de energía intelectual de la que

el país ciertamente no andaba sobrado. Convenció a quienes ya estaban convencidos y a nadie más. Uno y otro, Ortega y Marías, tuvieron por sí solos más éxitos editoriales que cualesquiera otros profesores de filosofía españoles y de hecho ejercieron una función de suma importancia en lo cultural y en lo político, incluso en la hora de la transición. A su muerte, el maestro recibió numerosos homenajes. La jerarquía resultó perdedora en este último episodio de integrista católico.

Pero Antonio Pérez no deja de recordar el hecho de que Ortega fue también objeto de condena igualmente inapelable e incluso despectiva por parte de la universidad española de los sesenta; de hecho, Rodríguez Huéscar ya nos recordaba hace mucho la circunstancia de que en esos años dominaban el escenario intelectual español corrientes de pensamiento escolásticas —en sentido amplio, ya se tratara de la filosofía analítica o del neomarxismo, por no hablar de la tomista, carente por completo de influencia— y poco proclives a la apertura intelectual. Pero el pensamiento “progresista” no quiso ver en el autor de *La rebelión de las masas* sino un aliado de los principios que precisamente contra él esgrimía el régimen. Unos y otros dedicaron durante decenios a Ortega un menosprecio evidente y un indisimulado rechazo.

Suele correrse una especie de tupido velo sobre el hecho de que en el siglo XX muchos de los llamados intelectuales no siempre estuvieron a la altura de la imagen de ellos que ha elaborado el público y que sin embargo se mantiene inalterable: hoy no parece

pertinente, por ejemplo, recordar los poemas de Alberti a Stalin, o muchos otros casos parecidos. El siglo XX ha sido época de grandes y graves perversiones ideológicas en la que la cosecha de abusos del lenguaje, signos de totalitarismo, arrogancia, imprudencia y vinculaciones con signos políticos rayanos en el fanatismo por parte de muchos escritores “intelectuales” es abundante y capaz de producir asombro. Ortega y Marías ocupan dentro de este panorama un lugar destacado y digno de una consideración sostenida. Heidegger, cuya vinculación con el nazismo ha sido bien establecida, ha merecido la benevolencia de todos, parecida a la disfrutada por Sartre, una benevolencia a la que los liberales Ortega y Marías no parecen haber tenido derecho.

Uno de los aciertos del trabajo de Antonio Pérez es su clarificación de la verdadera índole intelectual del filósofo madrileño frente a la bienintencionada defensa de que fue objeto por parte de Laín, Aranguren y Marías: los tres coinciden en la posibilidad de una apertura del raciovitalismo a la trascendencia, así como en la defensa de que en Ortega hay una ética de la autenticidad y la vocación, exigente y lejana de la moral de situación. Lo que Antonio Pérez reivindica es, simplemente, crear a Ortega bajo palabra: no defenderlo en nombre de la posibilidad de una apertura de su filosofía al catolicismo, sino desde su ateísmo, único camino para hacer justicia al pensador español. El artículo, en fin, resulta de gran utilidad por la clarificación que vierte sobre esa página de la historia de España y tal vez porque la significa-

ción de su estudio trasciende del plano mismo en que se situó la polémica para plantear un problema de mayor generalidad: Ortega y Marías sufrieron el hostigamiento de instancias oficiales de un régimen vencedor en una guerra civil. Las críticas recibidas fueron muy poco acertadas, menos aún eficaces y nada justificadas. No se negó a Ortega el derecho a hablar, escribir, o fundar un Instituto; pero se le ignoró y menospreció; Marías fue una figura relevante durante buena parte de la época franquista, sin que el Régimen pudiera impedirlo. Los ataques más significativos se produjeron muy poco después de finalizada la guerra. Muchos años después, universitarios que no habían pasado por esa traumática experiencia mantuvieron actitudes parecidas de decidido menosprecio. Por ambos lados y en ambas épocas, bastante separadas en el tiempo, desagradecido desvío y rechazo muy poco matizado. ¿Qué tenían en común unos y otros? Este sería un tema de reflexión realmente interesante y devolvería su valor a una página de nuestra historia intelectual deslucida y repetida una y otra vez. Pino recuerda en su trabajo, que paso a comentar enseguida, que Marías pensaba que el liberalismo era odiado frecuentemente porque lo aborrecen todos los que desprecian al hombre (*op. cit.*, II, p. 258).

El trabajo de Luis M. Pino "Ortega en la obra de Julián Marías: el ejemplo de *una vida* presente" ofrece una utilísima versión resumida de la autobiografía de Marías, muy bien trabada y enormemente instructiva, jalonada de epígrafes muy oportunos que orientan la lectura y permiten destacar los momen-

tos más cruciales en la vida y obra de nuestro pensador. Su tema principal es el de la relación de discipulado entre Marías y Ortega, en qué aspecto se distancia el primero del segundo y en qué aspecto la influencia pudo ser mutua. El trabajo recoge de modo especial la peripécia de ambos filósofos durante la época de la República y los "tres pilares de Ortega: libertad, verdad, españolidad"; también el desdichado episodio del encarcelamiento de Marías, durante el que daba charlas a los presos por encargo de los responsables de la prisión; su salida en libertad, su soledad, la muerte de Besteiro, la obtención del Premio Fin de carrera, el modo como se silenció su nombre en la apertura del curso 1940-1941 y cómo se suspendió ilegalmente su tesis de doctorado en 1942... En 1951 defendió la misma tesis en la Facultad, siendo tratado "con extremada cordialidad, casi con deferencia".

Marías fue discípulo de Ortega y nunca dejó de recordar el "Peripato madrileño"; me ha resultado muy interesante la afirmación de Pino de que "al método del maestro el discípulo añadió una técnica personal: la que denomina «mirar», y que consistía en «recorrer la realidad con la mirada, dejándose llevar por ella y sin detenerse»". No quiso nunca repetir a Ortega, pero había que preferir la verdad a la originalidad; una vez comprendido, era preciso completarlo. Defendió toda su vida el "liberalismo social" y la necesidad de que se extendiera al conjunto de la sociedad como "sistema de vigencias" (p. 112).

Helio Carpintero se refiere a Marías como una "figura central" en la filosofía española del siglo XX con "auténtica

significación internacional” y a la *Historia de la Filosofía* como a “una gran obra histórica” (p. 47). También presta una atención muy oportuna a la *Biografía de la filosofía* (a partir de la p. 56). Lo más importante en su trabajo no es sólo la clarificación del origen y de la gestación del libro más conocido de su autor, sino que pone de manifiesto la interna relación que se da en su autor entre Filosofía e Historia de la Filosofía, “la conexión esencial entre la filosofía y su historia” (p. 49), relación inherente a todas las filosofías que se hallen a la altura de su tiempo. El sentido de la historia de la filosofía en la obra de Marías, el modo como creyó que debía hacerse esa historia y cuál fue la efectivamente realizada, son los tres momentos en que se articula el trabajo de Carpintero.

Marías pensaba que la filosofía es ante todo un modo de vida dotada de una fundamentación, gracias a la que puede justificar sus decisiones en función de principios; por ello el vivir filosófico consiste en vivir desde la verdad, apoyado en un saber autónomo referido a la totalidad de lo real. Ese saber sustituye a las creencias y al iniciar su constitución el pensador se sitúa ante el pasado filosófico, enfrentado a él, *precisamente porque sus respuestas van a ser otras*. La filosofía, para ser auténtica, debe estar parcialmente definida por la alteridad y por ello, como cada filosofía implica las demás, el “sistema de las conexiones de «alteridad» entre las diversas filosofías históricamente existentes [...] es lo que se llama historia de la filosofía” (Marías, citado por Carpintero, p. 49).

De este modo, toda filosofía que hagamos en el presente habrá de apo-

yarse, a un tiempo, en el pasado filosófico y en el presente vital de nuestra hora (p. 50). El conocimiento de la realidad ha de llevar en su misma raíz el hilo constitutivo de la historia, que nos permite ver por qué las cosas han llegado al punto en que se encuentran.

El pensamiento, pues, no sólo encierra unidad sino también historicidad, en la medida en que cada filosofía encierra las anteriores, no únicamente sus resultados, sino sus filosofías mismas, las situaciones en que surgieron. La historia supone así una “filosofía perenne” que madura históricamente, de modo que el sistema último tiene que contener la explicitación de esa identidad.

Marías vio en el raciovitalismo orteguiano la culminación de la filosofía occidental, a la que acertó a ver como una corriente con múltiples afluentes que Ortega recogía en un pensamiento vivo, desde el que era posible afrontar el futuro y entender el presente. Resulta particularmente oportuno su recuerdo de tres aportaciones en la interpretación de nociones filosóficas, lo que pone de relieve el hecho innegable de la originalidad y profundidad del pensador. Me refiero a la interpretación del mito platónico, la idea de sustancia aristotélica, cuyo dinamismo pone de relieve, y en tercer lugar, el concepto de *alétheia*.

En fin, una Historia de la Filosofía que ve en Ortega la culminación de la reflexión occidental y desconoce aportaciones fundamentales del pensamiento contemporáneo y que a pesar de todo posee el valor de una filosofía viva mostrada en su hacerse, en el crecimiento de sus problemas y la nitidez

de sus planteamientos: en suma, como filosofía viviente.

Carpintero termina su trabajo recordando que según Marías “hay que seguir pensando”: “el pensamiento –dice– ha de seguir operando para vivificar con su iluminación la realidad. Cuanto nos ayude a avanzar no debe ser menospreciado ni desatendido” (p. 67).

En un momento de su trabajo distingue Agustín Andreu entre lo clerical y lo religioso: Marías había sido atacado con encarnizamiento por parte del clero católico, traumatizado por los sucesos de la guerra, cegado por el dolor y aturrido y confundido por el poder; pero no se reducía lo religioso a esa facción del clero. Andreu sigue en su análisis de *El tema del hombre* (1943) las grandes líneas de la historia de la concepción de lo humano tal como la vio Marías, para destacar la dimensión de la intimidad y trascendencia de la persona. El libro es obra de un hombre aún muy joven que se ocupará del tema durante toda su vida sin que haya “ningún lugar donde se vea que Marías se aparte de, o abandone, alguna de las tesis antropológicas que propone y afirma en este libro”. Se compendia en él lo que el hombre había pensado de sí mismo durante dos mil quinientos años. Estudia en él “la aventura occidental de la pregunta por el hombre, la «historia de la evolución filosófica [del tema] como propedéutica inicial»” (p. 29). No lo consideró simplemente una *antología*, sino que habló de él como de “mi libro”, una visión de la peripecia filosófica de la pregunta metafísica por el hombre.

La inspiración cristiana en este aspecto de la obra de Marías es evidente y

puesto que las religiones contienen siempre “antropologías implícitas”, la de Marías puede contemplarse desde la óptica de un pensamiento cristiano sobre el hombre que parte del giro que supone la teología paulina respecto a la concepción griega y que afronta el tema de “la tensión del hombre, suspendido entre dos posibilidades últimas” (p. 32). Como apunta en la página 39, Marías es en este sentido más católico que Unamuno, pero Unamuno es más cristiano.

El carácter relacional de la persona y el “nosotros” como “dato inicial” (p. 40) y su expresividad y convivencia, la disyunción polar recíproca de los sexos y la condición sexuada del ser humano, la estructura empírica y la corporalidad de la persona, son temas que ya no abandonarán la obra de Marías y aparecen en sus obras con creciente fortuna y toman cuerpo de modo convincente en la *Antropología metafísica*.

El trabajo concluye con una reconsideración de la importancia de la figura de Leibniz y del lugar que en el libro habría tenido que corresponderle. Señala Andreu en apenas dos espléndidas páginas que el mundo es lleno de infinitos puntos metafísicos, mónadas, individuaciones del cosmos en individuo perspectivado. La vida empieza en la expansión de la mónada en el cosmos, desde su punto metafísico pero en expresión entitativa, actuosa e inmediata con un lugar en el cosmos. Una ontología de la persona es de entrada y esencialmente una ontología del nosotros que se realiza por analogía con el Ser divino trinitario de vida una, realizada en su infinitud. Por estas razones, para Andreu, Marías no ha aprovecha-

do de modo suficiente la noción leibniana.

Andreu cita al final de su trabajo la aseveración de Jaime de Salas según la cual Marías fue más un filósofo cotidiano que académico. No veo en ello –como tampoco el autor de esta afirmación– descalificación alguna del pensador orteguiano. Pienso que tal vez sería útil insistir en el valor de la obra de Marías en el ámbito de lo específicamente académico: de hecho, fue él –aunque no sólo– quien con mayor eficacia estableció la ruta que habría de seguir la recepción de la obra de su maestro y sus obras al respecto, así como su comentario a las *Meditaciones del Quijote* fueron un hito en la literatura filosófica del momento. En lo que toca a su faceta de filósofo “cotidiano”, por mi parte, creo especialmente reveladoras unas expresiones del filósofo, que voy a permitirme recordar: “Yo no pretendo dirigir nada, aspiro solamente a entender [...]. Para ello es necesario escuchar las voces que, lejos de gritar, apenas murmuran o ni siquiera se expresan; los latidos de esa extraña y prodigiosa realidad que es una nación milenaria. Hay que preguntarse cómo se sienten los españoles, qué les importa de verdad, qué admiran, qué les duele, qué les

ofende, en qué tienen puesta –acaso sin saberlo– su esperanza” (*ABC*, 23-XII-1999). “He tratado, ante todo, de no dejar solo a mi país. [...] Y me parece grave que los que tienen cierta capacidad verbal de expresión de la realidad, y esto es el ser escritor, dejen de dar ese mínimo de compañía, casi insignificante, es casi como una simple sombra, a su pueblo. La sombra abriga y consuela, los pueblos pueden vivir un poco mejor, un poco más felices, con un poco más de esperanza, quizá simplemente porque sobre ellos se extiende..., nada, la sombra de una pluma”. “[...] He ido intentando hacer mi obra, de hacerla en España, de hacerla inteligible a los españoles, he tratado de hacer filosofía española en el único sentido verdadero de esta palabra: filosofía pensada, escrita en español; filosofía inmediatamente inteligible a aquellos que están instalados en el español” (“Treinta años de vida intelectual”, en *Innovación y arcaísmo*, Revista de Occidente, Madrid, 1973, pp. 22-23).

El libro que comento significa, sin ningún género de duda, no sólo una valiosa aportación al conocimiento de Marías, sino una prolongación de su presencia.